

Cuadernos de Análisis N.º 6



- **Violencia y juventud**
- **Manifiesto sobre la Violencia**
- **Hacia un Nuevo Pacifismo**
- **Violencia Racista y Neonazi**
- **Bandas Latinas**

Movimiento contra la Intolerancia

Carta al lector

Estimado/a amigo/a:

Te agradecemos el interés por el trabajo de "Movimiento contra la Intolerancia". El cuaderno que ahora tienes en tus manos ha nacido de la inquietud que nos mueve por el incremento de actitudes y conductas racistas, xenófobas, antisemitas y discriminatorias en nuestra sociedad.

Pensamos que una de las claves para evitar el desarrollo de estas actitudes es llevar a las aulas, a los centros culturales y a las asociaciones una discusión en profundidad del tema y enfocarlo positivamente, mostrando las ventajas de una cultura de la diversidad.

Una cultura que convierta la energía inconformista de los y las jóvenes en transformación social solidaria, que apueste por la igualdad de oportunidades, de derechos y deberes para todos; una transformación donde el deseo de autonomía afirme la libertad y tolerancia que debe presidir una democracia participativa apoyada en el noble valor de valentía cívica para defender cotas más elevadas de justicia social, donde nadie por su color, cultura, religión, sexo, creencia,

nación u orientación sea excluido; una transformación que cierre el paso a la intolerancia, al viejo y nuevo racismo, a quienes creen que hay colectivos superiores o a quienes creen que la diferencia priva de la condición de igualdad en derechos o dignidad, y que cierre camino a los fanatismos, integristas o nacionalismos excluyentes, a todas aquellas expresiones que empujan al ser humano al momento de las peleas cainitas.

La calidad de este cuaderno que aquí te presentamos es para nosotros altamente satisfactoria y pensamos que puede ser muy útil para tu trabajo, estudio, asociación o centro cultural.

Nos damos cuenta de que los textos que publicamos son sólo un primer paso y que el momento realmente importante está en su utilización para el debate y la dinámica social que tú puedas llevar a cabo. Contamos contigo para ello.

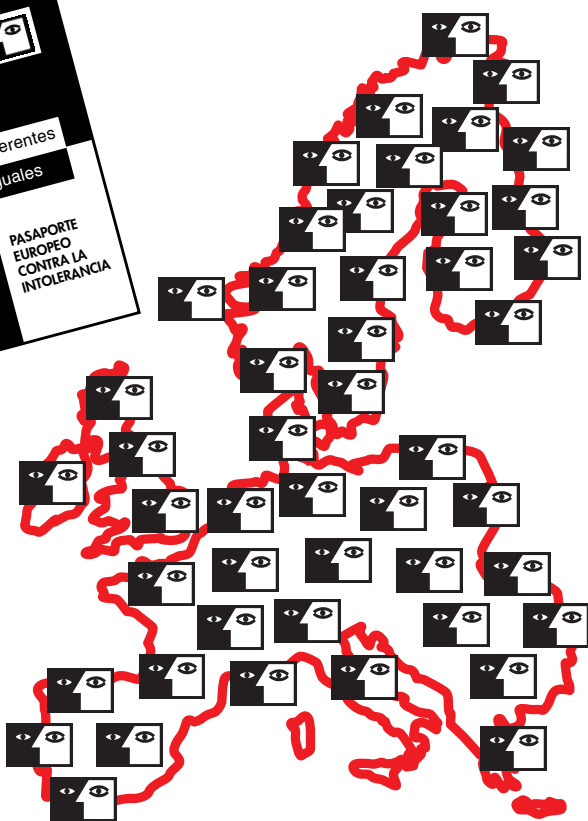
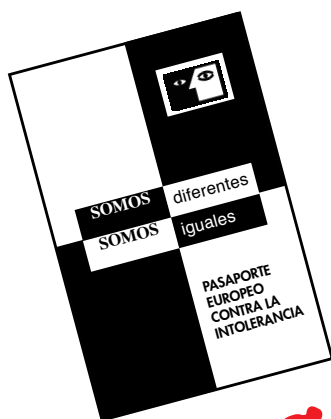
Recibe un cordial saludo y nuevamente nuestro agradecimiento por tu interés.

Esteban Ibarra
Presidente Movimiento contra la Intolerancia

Contenido

<i>Manifiesto de Sevilla sobre la violencia</i> UNESCO	5
Selección de artículos de Esteban Ibarra	
<i>Violencia y juventud</i>	11
<i>Hacia un nuevo pacifismo</i>	15
<i>Violencia Racista y Neonazi</i>	25
<i>Violencia Juvenil y Matonismo</i> <i>en el ámbito escolar</i>	37
<i>Bandas Latinas: Violencia o Integración</i>	43
<i>Jóvenes, Conflictos y Tolerancia</i>	47

Un Millón de Ciudadanos contra la Intolerancia



Movimiento contra la Intolerancia

PASAPORTE EUROPEO
CONTRA LA
INTOLERANCIA

El manifiesto de Sevilla sobre la violencia

UNESCO

Redactado en 1986 por un equipo internacional de especialistas universitarios con ocasión del Año Internacional de la Paz, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, fue adoptado por la UNESCO en 1989, y organizaciones científicas y profesionales de todo el mundo se adhirieron a él.

El Manifiesto, basado en hechos científicamente probados, afirma que no existe ningún obstáculo de naturaleza biológica que se oponga inevitablemente a la abolición de la guerra o de cualquier forma de violencia institucionalizada; proclama que la guerra es una invención social, y que, en su lugar, se puede inventar la paz.

El Manifiesto combate los mitos tenaces de la violencia, verdaderos obstáculos para la construcción de la paz. Por el contrario, el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, la comprensión, la tolerancia, la amistad entre todas las naciones, todos los grupos étnicos y religiosos, son los verdaderos cimientos para construir la Paz.

Es preciso disipar el mito según el cual la guerra y la violencia son inherentes a la naturaleza humana y son, por tanto, ineluctable. No hay tal fatalidad de la guerra y la violencia, eso afirma el Manifiesto de Sevilla.

Tal como escribió el psicoanalista Sigmund Freud al físico Albert Einstein, “estos dos factores -la dimensión cultural del hombre y el miedo legítimo a las formas que podrían revestir guerras futuras- pueden contribuir a poner fin a la guerra... Pero con qué medios, directos o indirectos, se producirá, no podemos preveerlo”. Ambos, Freud y Einstein, entreveían la tarea que incumbe a la generación presente. Hoy nos corresponde a nosotros encontrar los medios para llevarla a cabo.

MANIFIESTO SOBRE LA VIOLENCIA

Introducción

Convencidos de que es responsabilidad nuestra como investigadores en diversas disciplinas llamar la atención sobre las actividades más peligrosas y más destructivas de nuestra especie, a saber la violencia y la guerra; reconociendo que la ciencia es un producto de la cultura que no puede tener carácter definitivo o abarcar todas las actividades humanas; agradecidos por el apoyo que hemos recibido de las autoridades de Sevilla y de los representantes españoles de la UNESCO; nosotros, los universitarios abajo firmantes, originarios del mundo entero y representantes de la disciplinas pertinentes, nos hemos reunido y hemos logrado el siguiente manifiesto sobre la violencia. En este manifiesto impugnamos cierto número de presuntos descubrimientos biológicos que han sido utilizados por personas, incluso en nuestros respectivos ámbitos, para justificar la violencia y la guerra. Puesto que la utilización de estos “descubrimientos” ha creado un clima de pesimismo en nuestras sociedades, proclamamos que la denuncia pública y reflexionada de tales manipulaciones constituye una contribución importante al Año Internacional de la Paz.

El mal uso de hechos y teorías científicos con el fin de legitimar la violencia y la guerra, sin ser un fenómeno nuevo, está estrechamente asociado al advenimiento de la ciencia moderna. Por ejemplo, la teoría de la evolución ha sido “utilizada” para justificar no sólo la guerra, sino también el genocidio, el colonialismo y la eliminación del más débil.

Explicamos nuestro punto de vista en forma de cinco proposiciones. Somos perfectamente conscientes de que, en el marco de nuestras disciplinas, se podría hablar de muchas otras cuestiones que también atañen a la violencia y la guerra, pero nos ceñiremos voluntariamente a lo que consideramos una primera etapa esencial.

Primera proposición

CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO decir que hemos heredado de nuestros antepasados los animales una propensión a hacer la guerra. Aunque el combate sea un fenómeno muy expandido en las especies animales, en las especies vivas sólo se conocen algunos casos de luchas destructoras intraespecies entre grupos organizados. Y en ningún caso implican el recurso a utensilios usados como armas. El comportamiento predador que se ejerce con respecto a otras especies, comportamiento normal, no puede ser considerado como equivalente a la violencia intraespecies. La guerra es un fenómeno específicamente humano que no se encuentra en los demás animales.

El hecho de que la guerra haya cambiado de manera tan radical a lo largo de los tiempos prueba claramente que se trata de un producto de la cultura. La filiación biológica de la guerra se establece, principalmente, a través del lenguaje que hace posibles la coordinación entre los grupos, la transmisión de la tecnología y el uso de utensilios. Desde un punto de vista biológico, la guerra es posible pero no tiene carácter ineluctable como lo demuestran las variaciones de lugar y de naturaleza que ha sufrido en el tiempo y en el espacio. Existen culturas que desde hace siglos no han hecho la guerra y otras que en ciertos periodos la han hecho con frecuencia y luego han vivido en paz durante mucho tiempo.

Segunda proposición

CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO decir que la guerra o cualquier otra forma de comportamiento violento está genéticamente programada en la naturaleza humana. Aunque los genes están implicados a todos los niveles del funcionamiento del sistema nervioso, son la base de un potencial de desarrollo que sólo se realiza en el marco del entorno social y ecológico. Aunque indiscutiblemente varía la predisposición de los individuos a sufrir la huella de su experiencia, no obstante, sus personalidades son determinadas por la interacción entre su dotación genética y las condiciones de su educación. Con excepción de algunos raros estados patológicos, los genes no producen individuos necesariamente predisuestos a la violencia. Pero el caso contrario también es cier-

to. Aunque los genes estén implicados en nuestro comportamiento, ellos solos no pueden determinarlo totalmente.

Tercera proposición

CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO decir que a lo largo de la evolución humana se haya operado una selección en favor del comportamiento agresivo sobre otros tipos. En todas las especies bien estudiadas la capacidad para cooperar y cumplir funciones sociales adaptadas a la estructura de un grupo determina la posición social de sus miembros. El fenómeno de “dominación” implica lazos sociales y filiaciones; no resulta sólo de la posesión y la utilización de una fuerza física superior, aunque pone en juego comportamientos agresivos. Cuando, por la selección genética, se han creado artificialmente tales comportamientos en los animales, se ha constatado la aparición rápida de individuos no hiperagresivos; esto permite pensar que en condiciones naturales la presión en favor de la agresividad no había alcanzado naturalmente su nivel máximo. Cuando tales animales hiperagresivos están presentes en un grupo, o destruyen la estructura social, o son eliminados de ella. La violencia no se inscribe ni en nuestra herencia evolutiva ni en nuestros genes.

Cuarta proposición

CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO decir que los hombres tienen “un cerebro violento”; aunque nuestro aparato neurológico nos permite actuar con violencia, no se activa de manera automática por estímulos internos o externos. Como en los primates superiores y contrariamente a los demás animales, las funciones superiores neurológicas filtran estos estímulos antes de responder. Nuestros comportamientos están modelados por nuestros tipos de condicionamiento y nuestros modos de socialización. No hay nada en la fisiología neurológica que nos obligue a reaccionar violentamente.

Quinta proposición

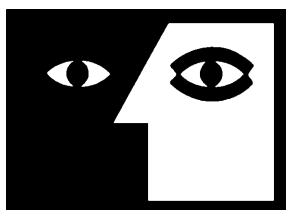
CIENTIFICAMENTE ES INCORRECTO decir que la guerra es un fenómeno instintivo o que responde a un único móvil. El surgimiento de la guerra moderna es el punto final de un recorrido que, comenzando por factores emocionales, a veces cualidades instintivas, ha desembocado en estos factores cognoscitivos. La guerra moderna pone en juego la utilización institucionalizada de una parte de las características personales tales como la obediencia ciega o el idealismo, y, por otra, aptitudes sociales tales como el lenguaje; finalmente implica planteamientos racionales tales como la evaluación de los costes, la planificación y el tratamiento de la información. Las tecnologías de la guerra moderna han acentuado considerablemente el fenómeno de la violencia, sea a nivel de la formación de los combatientes o en la preparación psicológica a la guerra de la población. Debido a esta ampliación, se tiende a confundir las causas y las consecuencias.

Conclusión

Como conclusión proclamamos que la biología no condena a la humanidad a la guerra, al contrario, que la humanidad puede liberarse de una visión pesimista traída por la biología y, una vez recuperada su confianza, emprender, en este Año Internacional de la Paz y en los años venideros, las transformaciones necesarias de nuestras sociedades. Aunque esta aplicación depende principalmente de la responsabilidad colectiva, debe basarse también en la conciencia de individuos, cuyo optimismo o pesimismo son factores esenciales. Así como “ las guerras empiezan en el alma de los hombres”, la paz también encuentra su origen en nuestra alma. La misma especie que ha inventado la guerra también es capaz de inventar la paz. La responsabilidad incumbe a cada uno de nosotros.

¡POR LA LIBERTAD!

TODOS CONTRA LA VIOLENCIA



Movimiento contra la Intolerancia

Violencia y Juventud

ESTEBAN IBARRA

Es evidente que ni todos los jóvenes son violentos, ni toda la violencia que existe en la sociedad está protagonizada por los jóvenes. Ahora bien, resulta cierto que la violencia aumenta de forma lenta e interrumpida en los últimos años entre los jóvenes, y esto se expresa no solo por los numerosos sucesos violentos sino por su creciente aceptación y justificación como forma de abordar los conflictos y de encarar los problemas.

¿Qué tienen en común quienes desarrollan conductas de violencia ultra de los campos de fútbol, con los del vandalismo urbano, los del matonismo escolar, con las reyertas de los fines de semana, con las grescas que protagonizan grupos de jóvenes, con los borrokas y los cabezas rapadas, o con aquellos depredadores que se llevan a alguien de en medio?. Pues que a todos les fascina la violencia, además de carecer de empatía, no valorar la dignidad y la integridad del prójimo, incluso llegar a despreciar sin más el propio valor de la vida.

Cuando un joven bárbaro es capaz de matar a sus padres y hermana con una katana, unas menores muy crueles, degollar a su amiga, o unos depredadores adolescentes apuñalar decenas de veces hasta destrozar a una anciana; cuando un grupo de bakalas revienta el cráneo a otro joven, unos ultras fanáticos apuñalan en el corazón a un aficionado, unos borrokas queman vivo a un ertzaina, una cuadrilla de niños dan de navajazos a un mendigo o unos adolescentes racistas patean hasta morir a un negro.... Cuando todo esto sucede en escenarios de lo más diversos, podemos aseverar sin equivocarnos que en cierto sentido la sociedad está enferma, añadiendo con amargura, que de momento no se observa que nadie se plantee seriamente extender los antídotos contra este virus de la violencia

Es verdad que hay que precisar que los jóvenes violentos son minoría, pero su capacidad de asustar y hacer víctima a la mayoría social y destrozarse la convivencia ciudadana no se mide, precisamente, por el número de violentos que albergamos en el país, sino por el alcance y brutalidad de sus acciones que pueden hacer quebrar la confianza entre ciudadanos y el respeto a la democracia. Todos pueden ser sospechosos si se genera un clima de inseguridad y el estado democrático puede ser declarado incapaz y no útil para una situación donde anide el miedo y la violencia. El problema no solo afecta a las víctimas, que además son estigmatizadas socialmente cuando no maltratadas institucionalmente, también afecta al conjunto de la ciudadanía que vive como víctima indirecta lo sucedido y ruega a la fortuna no verse en esa situación trágica que ha conocido especialmente por los medios de comunicación, interpretando que aún está distante del problema....., hasta que le toca cerca..

Pero también es cierto que nadie nace violento y que estas conductas se desarrollan por aprendizaje y necesitan un hábitat que las favorezca. Deberíamos preguntarnos en consecuencia, por la contribución de las industrias audiovisuales y culturales que usan la violencia como eje, por aquellos que legitiman su uso y desarrollan una pedagogía antidemocrática, también por los ambientes futbolísticos que favorecen el lenguaje bélico, por la estética y épica de la violencia, por el abandono del tiempo libre y el ocio a un mercado que en las noches de fin de semana se vuelve salvajemente incontrolado, y en general por el desconcierto ético del todo vale, donde la subcultura de la violencia juega con ventaja pues al final solo vale quien tiene dinero, fuerza y poder. Y la violencia es un recurso para todo ello.

No obstante nos quedaríamos cortos en el análisis si solamente señalamos las condiciones de cultivo de la violencia y olvidamos señalar las responsabilidades por omisión, falta de tratamiento o abdicación de quienes tienen la obligación profesional e institucional de encarar el problema, pues ni que decir tiene que moral y socialmente la tenemos todos. Esto es especialmente serio cuando proliferan ante nosotros adolescentes en grupos skin, bandas latinas, antisistema, bakalas y demás tropa “desorientada” sin que el esfuerzo de prevención e intervención esté a la altura del problema, pese a que la violencia en determinadas zonas urbanas, en el ámbito escolar y durante los fines de semana ligadas a un ocio no

bien entendido, así lo requieran. Sin olvidar, lógicamente, la responsabilidad de quien decide finalmente, hacer uso de la propia violencia. Nada le exime en su decisión.

Cuando un Estado democrático tiene leyes ineficaces con el delito violento, cuando las víctimas son mal atendidas y olvidadas, cuando sus operadores jurídicos, jueces y fiscales, son desbordados por la realidad, cuando no existen políticas preventivas de la violencia, especialmente en juventud, cuando año tras año vemos que aumenta inexorablemente el deterioro en esta materia, gobierne la izquierda o gobierne la derecha, sea un Ayuntamiento o el mismo Gobierno del país, entonces es que los gestores institucionales no se plantean seriamente el problema y juegan a trasladar responsabilidades ocultando su relajación ante el mismo, con el consiguiente daño, incalculable, a la convivencia y sistema democrático que entre todos nos hemos dado.

Siempre la violencia, especialmente la practicada en grupo, ha tenido como aliados el anonimato, la indiferencia social, la impunidad de sus acciones y el olvido de la víctima. Hoy el problema de la violencia es capilar, nos amenaza y se extiende en la sociedad ante los ojos atónitos de todos. Y si queremos erradicar estas conductas, las instituciones deberían comenzar por plantearse seriamente estos objetivos, puesto que de no hacerlo nadie podrá evitar que señalemos su corresponsabilidad.





“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.”

(Art. 1° de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*)

Hacia un Nuevo Pacifismo

ESTEBAN IBARRA

Eran algo más de las cuatro de la tarde cuando en la Puerta del Sol se conocía la muerte de Miguel Angel Blanco y las gentes que allí nos concentrábamos lloraban con toda España el anunciado y cruel asesinato, interiorizando, como dijo otra víctima del terror, Francisco Tomás y Valiente, que **cuando matan a una persona, nos matan a todos un poco**. Vivimos en esos días la respuesta social de mayor pulsión en la historia reciente de España y, sin duda, el rechazo al terrorismo sirvió a una sociedad conmocionada para encontrar en su reacción la afirmación de su identidad democrática y humanitaria.

Hubo quien vio en los acontecimientos el inicio de una nueva conciencia ciudadana desde donde impulsar el desarrollo de nuevas acciones sociales ante el problema del terrorismo y hubo también quien aprovechó inmoralmente la solidaridad cívica buscando rentabilidades partidarias. Pero es más cierto que aunque estos hechos en verdad fueron muy importantes, desde comienzos de los años noventa se producen de forma persistente respuestas sociales puntuales, con altos niveles de movilización (guerras en Europa, atentados terroristas, solidaridad humanitaria, agresiones urbanas,...) que reflejan un sentimiento que se opone y condena las manifestaciones crueles de intolerancia.

El grito social proyectado en esos momentos álgidos de movilización recoge, ante todo, una voluntad que quiere que los conflictos se resuelvan sin el recurso a la violencia y en el más estricto respeto de los Derechos Humanos, algo que excluye *a priori* el asesinato, el secuestro, la tortura o la amenaza en las relaciones sociales o en cualquier proyecto político; un grito que explicita inequívocamente un compromiso pacifista en abierta contradicción con los tiempos que corren poblados de intransigencias, fanatismos, insolidaridad y soberbia.

Amenaza para todos

Reiteradamente señalado por la ONU y otros organismos internacionales, el reto con el que se enfrenta la comunidad mundial consiste en sustituir la violencia y la falta de armonía social por una cultura amplia de paz que sólo será posible, como ya indicaba la Carta de las Naciones Unidas, si el espíritu de Tolerancia se inculca en los individuos y en el discurso social.

Las decenas de miles de muertos en Argelia, producto del integrista y el totalitarismo, las guerras en el Corazón de Europa (Bosnia, Kosovo, Chechenia) encendidas por el nacionalismo exacerbado, las matanzas en Ruanda y Burundi fruto del odio étnico, el terrorismo, la xenofobia y el racismo creciente..., muestran la cara más brutal e inhumana de la intolerancia que amenaza a un mundo que se sostiene con gravísimos problemas de desigualdad en la distribución de la riqueza, que genera hambre, miseria y exclusión social y cuyas primeras víctimas masivas son, como siempre, los más indefensos, los niños de la calle, mujeres, jóvenes urbanos, minorías étnicas, desarraigados, inmigrantes, refugiados, apátridas o desplazados, excluidos, mendigos, pueblos olvidados... los parias de la tierra.

Esta inquietante y al mismo tiempo generalizada intolerancia que conduce al extremismo, discriminación y a una tajante falta de respeto por la dignidad humana, no es nueva. Mientras el mundo estuvo dividido en dos bloques, las guerras locales, masacres y violencias fueron permitidas y encubiertas. Hoy, cuando la guerra fría terminó y el muro desapareció, emerge una nueva situación internacional con asimetrías y conflictos que hasta un organismo tan poco sospechoso de “izquierdismo” como el Banco Mundial en su última asamblea advertía que, de no remediarlo urgentemente, la pobreza acabará estallando como una “bomba de relojería”. Advertencia que no parecen tener en cuenta los Estados y mucho menos los poderes financieros y económicos transnacionales, quienes desoyen las dramáticas palabras del director de la UNESCO al anunciar que, de no poner remedio y si la humanidad no altera el rumbo, la violencia imperará incluso en el privilegiado Norte y un día “volverán a llamar a la puerta para que nuestros hijos vayan a la guerra”. (F. Mayor Zaragoza).

Un sentimiento latente

Progresivamente conscientes de ese peligro, testigos cotidianos de abusos contra los derechos humanos, atentados terroristas o conflictos étnicos, el compromiso ciudadano va cristalizando desde un nuevo sentimiento que quiere negar espacio social, político o cultural a la violencia, quiere acabar con los prejuicios que alientan el odio y quiere corresponsabilizar al conjunto de la sociedad en la denuncia de la intolerancia y en la defensa del diálogo democrático. De este sentimiento latente se nutre el pacifismo moderno.

A diferencia de los años ochenta, cuando el movimiento pacifista internacional se constituía en torno al eje de conflicto que marcaban los bloques militares y la dinámica nuclear, el nuevo movimiento pacifista se construye ante el problema local, la guerra o el desastre humanitario, y como se está mostrando en nuestro país, ante el conflicto terrorista. Sin perder la perspectiva global de interdependencia, la responsabilidad que asume el nuevo pacifismo descansa en la intervención de respuesta a la gravedad de lo cotidiano, recuperando aquello significativamente auténtico del pacifismo histórico: -movilización e iniciativa ciudadana, acción colectiva, militancia, intervención no-violenta, compromiso moral, valentía cívica, empatía social... y, sobre todo, so-lidari-dad.

Ese sentimiento recientemente expresado en nuestro país por millones de personas, del que somos fieles notarios y que no deja lugar a dudas en su condena al terrorismo y a quien usa la violencia instrumental, es un sentimiento que rechaza a los violentos de cualquier signo, irrentabilizable por los extremismos, pues comparten la misma matriz de odio, identidad excluyente y enfrentada, o negación del respeto a la vida e integridad de la persona. Es un sentimiento que condena también a quien alimenta el crimen con sus gritos, pintadas o proclamas y que rechaza la cultura fanática, a la que no permite ningún espacio en nuestra sociedad, como incluso muestra el destierro de la pena de muerte de todos nuestros códigos legales.

Un nuevo pacifismo cuya posición, su toma de partido con sinceridad, es por las víctimas de la violencia, las grandes olvidadas de las tragedias a quienes, cuando menos, se les debe justicia, memoria y respeto. Un pacifismo cuya lógica ciudadana le permi-

te afirmar que no estamos ante un problema partidista y que la sociedad en su conjunto debe interrogarse si admite en su seno la práctica de la violencia o trabaja por desterrarla en todos los lugares sociales, abordando las causas que lo originan y atajando las circunstancias que lo alimentan. Un movimiento, en definitiva, que no permite legitimación alguna del uso instrumental de la violencia y que asume las palabras del juez del asesino de Isaac Rabin: “Aquellas ideologías que justifican el asesinato acaban convirtiendo el asesinato en ideología.”

Tolerancia solidaria

El pacifismo moderno hace del principio de la **Tolerancia** piedra angular de la cultura de la ilustración, su principal baluarte en la construcción de una respuesta social alimentada por una ética universal que rompe con la nefasta idea del fin que justifica los medios y que limita la actuación amoral de estados, grupos y personas.

Conscientes de que educar en valores de Tolerancia y Solidaridad resulta esencial para construir una cultura de paz, sabe que una lucha honesta por estos valores exige fijar claramente los límites de lo intolerable y es ahí donde el nuevo movimiento pacifista se muestra firme y sin equívocos en su rechazo a cualquier lesión de los Derechos fundamentales de las personas, al absolutismo o fanatismo de las ideas y al uso de la violencia. Algo que muy bien quedó reflejado en una pintada de la Sorbona, en el mayo parisino del 68, donde se expresaba que “la libertad empieza por una prohibición: la de dañar la libertad del prójimo”, un significado que concreta especialmente el último artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

El nuevo pacifismo sabe muy bien que Tolerancia no es resignación o pasar de las cosas, no es indiferencia frente a las ideas o conductas de los demás y mucho menos renegar de las creencias o convicciones propias. Por el contrario, sabe que esa virtud personal y social implica compromiso solidario con el respeto y libertades de los demás al reconocer su dignidad como persona, implica comunicación y aceptación de la diferencia, diversidad y pluralidad, implica que ninguna cultura, religión o partido tiene el monopolio del conocimiento o de la verdad, y cómo no, implica compro-

miso en la construcción de una sociedad justa, igualitaria y respetuosa del medio ambiente.

En consecuencia, no ha lugar para una Tolerancia mal entendida, cimentada en el egoísmo insolidario cuyo concepto de paz al final nos lleva a los cementerios y sí, por el contrario, para una apuesta dinámica que concibe a este valor en un sentido solidario, aplicado en un proyecto social, cultural y democrático que conlleve la profundización y extensión de la participación cívica y el desarrollo integral de las potencialidades humanas.

El reto del nuevo pacifismo es hacer frente a los grandes desafíos de la intolerancia que recibe actualmente una sociedad democrática. Integristas, nacionalismos excluyentes y totalitarismos de diversas expresiones son tres vectores sangrantes que confluyen en el ataque a las libertades y derechos fundamentales, a los que hay que sumar, desde dentro de la democracia, otras ofensivas reaccionarias que socaban la sociedad del bienestar como si de un caballo de Troya se tratase. Para vencer en ese desafío, el nuevo movimiento cívico-pacifista necesita un proyecto de profundización democrática y de solidaridad integral, pero, sobre todo, necesita construir una generación que sea motor de esta tarea: la generación de la tolerancia; que como diría Bertold Brecht, en su lecho de muerte: se preocupe cuando abandone este mundo, “no de haber sido buenos, eso no basta. ¡Hay que haber dejado un mundo bueno!”

El pacifismo moderno

El nuevo pacifismo conlleva en su quehacer y expresión elementos significativamente novedosos. A saber, siendo de amplia base social, evita el elitismo ideológico o doctrinario y apuesta por la difusión de los valores de Tolerancia y Solidaridad que den sentido ético al compromiso de lucha por la paz. Sitúa su objetivo en la neutralización de los prejuicios que alimentan el odio, verdadero hábitat donde crece la violencia. Se reconoce en el Estado democrático social y de derecho, en la diplomacia preventiva, en los organismos internacionales y en la injerencia humanitaria como instrumentos de paz y de defensa de los derechos humanos, y en la defensa de una Corte Penal Internacional que sancione los crímenes contra la Humanidad. Trabaja por negar espacio social,

político y cultural a la violencia, deslegitimando su uso y denunciando el “Todo vale” para conseguir unos fines. Manifiesta su clara voluntad de corresponsabilidad social con las instituciones, a las que demanda compromiso en la labor de propiciar ámbitos de convivencia y diálogo democrático. Finalmente, toma partido con empatía de forma abierta y sincera por las víctimas de la violencia, negando la impunidad y el olvido, exigiendo justicia, superando el revanchismo y en la conciencia de obrar por evitar que continúe el sufrimiento.

Es un nuevo pacifismo activo y militante que lucha contra la intolerancia, sea quien sea el sujeto que la protagonice, defiende que la paz no justifica cualquier camino y desdeña el pragmatismo amoral que casi siempre se torna contra la democracia, y afirma que lo democrático es resistir y no ceder ante quienes con la violencia o el terror tratan de imponer al resto de la sociedad sus objetivos o proyectos totalitarios.

Con independencia de su orientación moral (cristiana, agnóstica, judía, ...) el activista del pacifismo actual comparte un lugar común en la defensa universal de los Derechos Humanos, el respeto a la dignidad y a la vida de las personas, el rechazo al absolutismo del pensamiento y la condena de la violencia, como elementos configuradores de una ética cívica que orienta su compromiso esencial, activo y valiente, por un mundo más justo, solidario y democrático .

Impulsado esencialmente por jóvenes, tiene en sus generaciones mayores apoyo y complicidad, y en los más mayores aun en nuestro país, la enseñanza de los protagonistas que resistieron a la dictadura, algo que les permite ser moralmente fuertes e irrecuperables para el fascismo o el extremismo totalitario. Vinculado a los ideales democráticos, se abraza al valor de la vida y defiende el principio de la paz desde la equidad y solidaridad, en una actitud nada pasiva con el orden social injusto. No en vano el crecimiento del número de objetores de conciencia y de insumisos al servicio militar, pese a la injusta sanción penal de nuestro Código, reflejan junto con la reacción juvenil contra la violencia de los grupos neonazis y la reacción social contra el terrorismo, diversas dimensiones de la sensibilidad activa y organizada del pacifismo actual en nuestro país.

Resultante de una conciencia cada vez mayor de los problemas y peligros que acontecen en un mundo interdependiente, el paci-

fismo actual tiene frente a sí, además del terrorismo y los grupos violentos, problemas acuciantes como la proliferación de armas de destrucción masiva, la utilización de minas antipersonas, genocidios étnicos, la creciente pobreza en el Tercer Mundo, la explosión demográfica, el fundamentalismo y la xenofobia, el deterioro del medio ambiente, el narcotráfico... En definitiva, graves peligros ante los que la especie humana está comprometida en una carrera contrarreloj. Un pacifismo que sabe que no es exactamente la calidad de vida la que está amenazada, sino la propia vida; de ahí su importancia como catalizador que eleva la conciencia y potencia la acción social generalizada.

Una ética para la acción y el sentimiento

La tarea de construir una ética cívica también está implícita en el nuevo pacifismo que se afirma en el respeto por la vida, la responsabilidad hacia generaciones futuras, la protección ecológica, la tolerancia y la solidaridad alimentada por un sentido del interés mutuo y el reconocimiento de la dignidad y el valor humanos; una tarea paralela a su vez, con el reto de desplegar una metodología y unas acciones eficaces de carácter no violento, consecuentes con la propia evolución moral de la humanidad en el camino hacia el rechazo a la violencia.

La iniciativa ético-cívica pacifista sitúa su objetivo en la neutralización de los prejuicios que indefectiblemente alimentan el odio, el fanatismo, la violencia y la guerra; como dice la UNESCO: "Si las guerras nacen en las mentes de los hombres, es en ellas donde hay que erigir los baluartes de la paz." Una iniciativa que defiende los derechos humanos de manera universal, apostando por la razón y la comunicación para guiar su labor en los distintos escenarios de intolerancia, desde la xenofobia a la guerra étnica, pasando por las diversas situaciones de racismo, sexismo o heterofobia a las que ha de responder el pacifismo actual. Es una ética aplicada que se configura a partir de unos valores mínimos aceptados en la sociedad democrática, que se concretan en las diversas dimensiones de esta problemática poliédrica que tiene que afrontar el pacifismo y cuyo proyecto no es otro que el de avanzar en la profundización de la democracia.

La acción ética del pacifismo moderno subraya la hipocresía criminal de quienes, blandiendo banderas de paz organizan la guerra, sostienen la explotación, el hambre, la miseria y se benefician de la industria de la muerte. Es una acción ética que tacha de incoherentes a aquellos que se denominan pacifistas y guardan silencio o miran en otra dirección ante “sus” problemas locales de violencia y terrorismo. Una acción que, en definitiva, no puede ser entendida sin movilización ciudadana y sin estrategia con voluntad transformadora de una realidad que no se acepta. En definitiva, una acción ética que lejos de carecer de realismo político y social, o de promover actitudes débiles, por el contrario, promueve un compromiso militante al servicio de la ciudadanía en general y de las víctimas de la violencia en particular, apostando por un presente nada utópico donde la democracia y la solidaridad garanticen el desarrollo humano.

La acción ética del pacifismo actual no se limita exclusivamente a condenar situaciones de intolerancia ante los graves problemas internacionales, genocidios étnicos, la proliferación de armas de destrucción masiva, el avance del integrismo y la xenofobia, la crueldad del terrorismo y los grupos violentos; por el contrario, apoya la injerencia humanitaria, la intervención de organismos internacionales, la diplomacia preventiva y se reconoce en el estado democrático social y de derecho como instrumentos de paz y de defensa de los derechos humanos. Trabaja por negar espacio social, político y cultural a la violencia deslegitimando su uso, y, sobre todo, dinamiza, moviliza las conciencias de una sociedad adormecida mediáticamente y sumergida en la subcultura del consumismo y del egoísmo insolidario.

Un pacifismo que ha de hacer frente a una violencia que parece se adueña progresivamente de nuestra sociedad y ha de hacerlo rompiendo el silencio frente a la impunidad, la indiferencia y la ineficacia institucional; y es que si la violencia terrorista se ha cobrado centenares de vidas, la violencia de matriz patriarcal y machista ha producido más de setenta víctimas mortales de promedio en los últimos años y decenas de mujeres agredidas y maltratadas. De igual manera, si varias decenas de jóvenes han muerto por violencia urbana, en su mayoría por *skinheads*, los menores víctimas de malos tratos de sus padres también son decenas de millares, con más de un centenar de casos de homicidio en el último año.

En verdad, no es que antes no existiera una violencia similar, cuyas cifras de víctimas resultan probablemente parecidas, lo que resulta anacrónico es que una sociedad democráticamente avanzada como la nuestra, permita que la violencia protagonice nuestro tiempo y condicione nuestra existencia. Algo cuya explicación estriba en que vivimos una sociedad no preparada suficientemente para defender la libertad y derechos de las personas, ni para asumir responsabilidades colectivas y de solidaridad; por el contrario, esta sociedad disculpa, cuando no facilita el aprendizaje y la interiorización de conductas violentas, se evade de sus consecuencias, olvida a sus víctimas y para colmo, tiene que soportar que se produzcan casos de impunidad criminal. En consecuencia, la acción cívica del pacifismo resulta realista y urgente, adquiriendo en la intervención concreta todo su sentido.

Algo ha cambiado en los últimos tiempos; la reacción de ciudadanía que recorre el país de punta a punta y que al grito de ¡BASTA YA! manifiesta su compromiso cívico, refleja la voluntad de la mayoría social de poner fin a los actos de violencia exigiendo medidas políticas adecuadas, actuaciones policiales eficaces, intervenciones judiciales rigurosas y, cómo no, educación preventiva y sensibilización mediática que hagan lo más innecesario posible las medidas represivas, a las que si se necesita llegar, deberán impedir cualquier espacio de impunidad. Es una voluntad ciudadana que quiere que los conflictos se resuelvan sin el recurso a la violencia y en el más estricto respeto a los Derechos Humanos, que no admite cotos particulares, privados o soberanos, donde no se garantice el respeto a la vida de las personas, a su dignidad e integridad. Esta es, sin duda, una de las concreciones ciudadanas del compromiso ético del nuevo pacifismo.

El sentimiento expresado en nuestras calles por millones de personas ante diversas manifestaciones de violencia no deja lugar a dudas. Es un sentimiento que niega la posibilidad de comprensión a quien quiebra el derecho a vivir que asiste a toda persona y a vivir sin temor, disfrutando de la libertad. Un sentimiento que por encima del debate biológico, político o científico sobre la violencia, afirma la convicción moral del respeto al fundamento universal de convivencia que es el derecho a la vida y a la dignidad de las personas. Y lo que es más importante, impide que la indiferencia se convierta en el principal aliado de los violentos. Nos encontramos ante una ciudadanía que actúa en solidaridad con las vícti-

mas de la violencia, que quiere apoyarse en el Estado de Derecho, con una educación democrática y crítica, con la ley y las instituciones, y para ello sabe que ha de disponer de una opinión pública sensibilizada, movilizada y responsable con los tiempos y problemas que le ha tocado vivir.

La acción pacifista tendrá futuro si logra impregnar la sociedad, obtener resultados y desarrollar iniciativas que estimulen políticamente al orden institucional para que pueda llegar a ser un auténtico soporte de paz. Es, sin duda, un mensaje de esperanza, pero, para alimentarlo, no es suficiente con tener nobles intenciones, ni palabras emotivas. Se necesita también un proyecto de profundización y extensión de la democracia que conlleve implícitamente la participación ciudadana, la solidaridad y el desarrollo integral de las potencialidades humanas.

De igual manera la acción pacifista deberá recuperar el internacionalismo que ha caracterizado la lucha por la igualdad y la emancipación social, realizando intervenciones y desarrollando redes de organización que defiendan una construcción de Europa que potencie los derechos cívicos y sociales. Es necesario igualmente, apostar por unas Naciones Unidas que aumenten la legitimidad desde su democratización y capacidad real para garantizar la paz y seguridad mundial.

En consecuencia, se puede afirmar que el nuevo pacifismo que emerge se sitúa en el epicentro de los problemas que debemos hacer frente con responsabilidad y sentido de urgencia. Las condiciones no son nada favorables, una sociedad que exalta y produce violencia, un modelo económico de corte neoliberal que exacerba el egoísmo insolidario y genera pobreza, una cultura homogenizadora que niega la pluralidad, un orden mundial asimétrico, injusto y militarizado... y unas instituciones nacionales e internacionales lastradas por sus acciones insuficientes o su indiferencia en las obligaciones humanitarias.

Por tanto, el nuevo pacifismo no es una mera reacción testimonial, aunque el testimonio no deba considerarse como algo desdeñable. Hoy en día, el trabajo por la paz implica movilización social, apoyo a las víctimas, intervención humanitaria, es-fuerzo por la reconciliación del delincuente con la sociedad, participación constructiva para la convivencia pacífica, educación para la tolerancia, consolidación del estado de derecho... todo un reto que demanda, como decía J. Lennon... “darle una oportunidad a la paz.”

Violencia Racista y Neonazi

ESTEBAN IBARRA

Las noticias de violencia ejercida por grupos de jóvenes han sido frecuentes en los últimos tiempos. Bien sean *skin* neonazis, *abertzales* de la *kale borroka*, broncas de los astilleros o las ramblas, unos nuevos personajes y escenarios violentos se proyectan en diferentes ciudades españolas en donde coinciden en dureza, intimidación, estética del terror, anonimato, acción en grupo y una épica que va cimentándose con la impunidad de sus hechos violentos a la que acompaña una pasividad social vergonzante. Estos esperpénticos actores se van haciendo habituales en los medios informativos, en sus fotografías o escenas emitidas por televisión. Se trata de jóvenes “encapuchados” que ocultan su rostro tras un pasamontañas o una braga militar, ya sea para lanzar un cóctel molotov contra la *ertzaina* o la tele, para abrir la cabeza con un bate o clavar un puñal a un negro, o, simplemente, para apuntarse a la moda del duro en las manifestaciones o del malote en las discotecas de *bakalao*.

Explicada como un producto espontáneo de gamberros juveniles, violencia callejera... u otros eufemismos al uso, es no querer ver que existen procesos organizados que comprenden la violencia instrumental como el método para alcanzar objetivos definidos, atacando al “cipayo” o al periodista que supuestamente encarnan al estado español o al inmigrante u homosexual que reflejan la escoria que adultera la raza. Sólo la tozudez del ignorante se empeña en negar la evidencia incapacitándose para intervenir responsablemente. No hay lugar para el discurso oficial de las inocuas pandillas de gamberros, nos encontramos ante una violencia estratégicamente difusa, orientada, organizada que construye sus propias justificaciones a esas conductas y que además produce a quien practica la agresión, autoestima y valoración en los grupos

de iguales. Es una violencia de origen social o política, cuyo hábitat viene configurado por la espectacularización informativa y por un ambiente cultural cuyo eje estelar es la acción agresiva.

Una nueva militancia que adquiere identidad mediante el hecho violento y no por las razones contenidas en su discurso y que con simplezas aprendidas como verdades absolutas que repiten por sistema a otros autistas como ellos es con lo que legitiman su acción contra el enemigo imaginario, siempre más peligroso que ellos y alguien capaz de conferir rango de heroicidad a su gesta criminal. Es una violencia contra la ciudadanía, contra las personas que son diferentes. Es una actuación persistente presidida por un objetivo estratégico: la limpieza “social”, eufemismo de la limpieza étnica que hemos observado realizar en guerras recientes. No son hechos aislados, anécdotas o sucesos, son un preocupante problema social al que las instituciones no prestan la debida atención, quizá por no saber cómo realizarlo.

La amenaza estriba no ya en su extensión territorial, algo que comprobamos semana a semana al ver cómo los maestros de la *kale borroka* desbordan su pedagogía entre insatisfechos jóvenes radicales de otras ciudades o como los guerreros *naziskin* reclutan fuerza urbana entre jóvenes resentidos, el verdadero peligro subyace en la aceptación social del hecho, en la respuesta cínica de la indiferencia egoísta que interpreta el problema como algo lejano que no afecta directamente, en la inacción institucional que muestra su incapacidad de generar estrategia para neutralizar su desarrollo y en la irresponsabilidad de quienes alientan en sus prácticas, discursos o alegrías verbales, el descrédito de las instituciones y valores democráticos.

Mientras tanto la plaga de la intolerancia se extiende gradualmente, ya sea con la vindicación ultranacionalista excluyente o con la excusa racista xenófoba, pero ambas con la misma matriz de enfrentamiento, una identidad que no acepta la pluralidad, no respeta la diferencia y siempre ve al otro como su enemigo. Es la semilla del odio que lleva incubándose bastante tiempo en nuestro país y que en los últimos años florece en el campus del desempleo juvenil, corrupción y descrédito de la política, con abonos como el que recibe de vestigios autoritarios del Estado al encarcelar insubmisos, alentadores de solidaridad con mártires, un error que además de injusto entrega a sectores juveniles al campo de la desafección con la democracia, o también, con la persistencia de vergeles

de reclutamiento neonazi como son los fondos sur de los campos de fútbol, donde brotan grupos *skin* organizados dispuestos a acabar con el sistema, eso sí, comenzando primero por el mendigo o el extranjero.

Desde la democracia es necesario un mensaje claro a esta violencia organizada que debe comenzar por el gobierno, contar con la ciudadanía responsable e implicar al conjunto de instituciones, incluyendo los medios de comunicación, en una estrategia que construya una mayoría social activa que apoye el fin de la impunidad mediante la denuncia de esas conductas, la protección de las víctimas y la sanción penal a quien organiza, anima y realiza las agresiones violentas. De la semilla del odio podemos pasar en un abrir y cerrar de ojos al imperio de la violencia, allí donde mandan los señores de la guerra, en un revival de odios atávicos y ante nuestras propias narices democráticas.

El fenómeno internacional de la violencia *skin*-nazi

El movimiento *skin*-nazi protagoniza en gran parte esa violencia; de identidad racista se configura además a partir de una matriz cultural donde el ultranacionalismo fanatice el culto a la violencia y la heterofobia son sus principales ejes de vertebración. Rechazan el parlamento, identifican democracia con corrupción, dicen que nos invaden los extranjeros, idolatran a Hitler, niegan el Holocausto y afirman que el verdadero holocausto está aún por venir, quieren reorganizar las secciones de asalto o las escuadras negras y sobre todo intimidan, generan miedo y rompen a placer el orden social en la calle mediante la violencia, cuando así lo quieren.

El Parlamento Europeo a comienzos de los años noventa calificaba el desarrollo del movimiento de los *skinheads* como el acontecimiento más preocupante producido fuera del ámbito parlamentario en cuanto al ascenso del fascismo y el racismo en el viejo continente. Iniciado en el Reino Unido en los años setenta, se dieron a conocer por las palizas y agresiones contra los “pakistanís”, algunas de ellas culminadas en asesinatos. Un núcleo orgánico con uniforme paramilitar (botas “Doctor Martens” de puntas de acero, cazadoras bomber tirantes y cabezas rapadas), cuyos eslóganes racistas se proyectaban en su principal vehículo de expansión, la

música que animaba Skrewdriver (destornillador) y su líder Stuard Donaldson.

Nacía el fenómeno del rock nazi que daría lugar a la aparición, entre otros, de grupos musicales como Skullhead (calavera), Celtic Warriors (Guerreros Celtas), Klausmen (Los hombres del clan), o Brutal Attack (Ataque brutal), desde donde atizan el odio racial llamando al poder blanco, recuperando la simbología del nazismo y referenciándose en el régimen hitleriano. Salvo una pequeña reacción antirracista (*Sharp y Skin Red*) el movimiento *skin*-nazi se extiende por Europa y EE.UU. hasta alcanzar hoy una presencia activa en 33 países de los diferentes continentes, dejando en todos ellos su huella de violencia, odio y fanatismo.

Autodefinidos como tropas de choque de la xenofobia, las nuevas SA en todos los lugares donde existen califican sus asaltos criminales como actos heroicos en defensa de la raza y la nación, movilizándose en Alemania contra los turcos, en Hungría o la República Checa contra los gitanos, en Gran Bretaña contra los asiáticos, en Francia contra los africanos, en EE. UU. contra las minorías raciales,... y, en general, en todos los países contra los inmigrantes, homosexuales, judíos, personas sin hogar,... y todos aquellos que denominan *los otros*.

Además de la música, utilizan los campos de fútbol para expresar su odio racial y para reclutar adeptos, contribuyendo a la expansión de la violencia en el deporte; aprovechan el anonimato, buscando la impunidad de sus acciones y encuentran en los partidos racistas y neonazis lugares comunes simbólicos e ideológicos, aunque el *skin* rechace de plano el poder parlamentario. Los *skin*-zines son uno de los instrumentos de comunicación para difundir consignas y orientar a las bandas juveniles, anunciando servicios de tatuaje, ropas, tiendas de obtención de instrumentos paramilitares, conciertos y otros acontecimientos de su interés.

Su violencia

La invocación de la imagen de los vikingos autoidentificándose como “guerreros raciales”, la glorificación de Hitler, las ideas neofascistas y la participación en un grupo, son la base de atracción joven que alimenta una cadena cuyos eslabones son la sensación de poder, pertenencia y destino, proporcionándoles un seduc-

tor sentido de la fuerza, algo que concretan en una práctica cotidiana, difusa pero orientada, de acciones violentas. La identidad *skin*, al igual que la del antiguo nazi de las secciones de asalto hitlerianas, se construye a partir de la violencia con el otro, el enemigo imaginario.

El movimiento *skin*-nazi, configurado en múltiples grupúsculos, proclama en todos los países la superioridad de la raza blanca, consagra el antisemitismo, ataca el mestizaje y sobre todo, cultiva la violencia. No podría entenderse a un *skin*-nazi sin violencia, como así lo afirmaba uno de sus jefes: “Con la violencia se convierte uno en persona y a través del miedo de otros, uno confirma su existencia.” Como buenos aprendices hitlerianos son radicalmente conscientes del poder de la violencia. Hitler insistía en el terror como el más eficaz de los instrumentos políticos y en la importancia de la educación permanente en la violencia y en la guerra relámpago como instrumentos preferidos. Su orgullo por la utilización de botas como arma, del puñal que rememora la daga nazi, sus gritos de poder blanco o *seig heil*, y su estética de uniformidad (bomber, rapados,...) acompañan sus acciones cuando salen a buscar y atacar a quienes odian.

Sus metas son claras: limpieza étnica y social, destrucción de la “corrupta” democracia y poder blanco o nacional; unos horizontes que aspiran alcanzar mediante la intimidación, el vandalismo, las agresiones e incluso el asesinato, a través de una violencia que justifican dado el objetivo “superior” por el que luchan. En su alimento ideológico no falta la referencia al “glorioso” pasado del nazismo alemán, también se consume al KuKuxKlan, a las Milicias de Michigan, al Ejército Blanco de Alabama o a los hijos de la Gestapo. Es una corriente organizada a nivel internacional que crece y se nutre apoyándose en INTERNET, los conciertos de música OI!, los fondos ultras de los campos de fútbol, los vídeo-juegos y CD-ROM racistas, el esoterismo nazi y la oferta paramilitar, entre otras vías de acceso a la subcultura del odio.

El terror fascista en Europa que hacía su reaparición en la estación de ferrocarril de Bolonia en verano de 1980 con 86 muertos y que meses después en el Festival de la Cerveza de Munich causaba 12 muertos y en la Sinagoga de París provocaba cuatro asesinatos, daba paso a un nuevo proceso que en los años noventa tendrá como protagonistas a los grupos *skin*-nazis que se desarrollan espectacularmente en Alemania tras la caída del muro de Berlín y

tras captar un cierto apoyo social. En ninguna parte el movimiento *skin* ha logrado producir tantos casos criminales; la Oficina Federal para la Defensa de la Constitución reconocía en el año 93 más de 14.000 agresiones, cifra que se reduce en los años posteriores a 4.000 y que, según los analistas, la tardanza inicial del gobierno alemán en reconocer y responder eficazmente a la amenaza *skin* contribuyó decisivamente al crecimiento de este movimiento neonazi.

A diferencia de algunos países europeos, en EE.UU. los grupos *skin*-nazis carecen de apoyo público, aunque sus reservas de jóvenes violentos les convierten en algo especialmente atractivo para el KUKUXKLAN y las sectas paramilitares dada su determinación violenta, racista y antisemita, constituyéndose, en consecuencia, en una base de reclutamiento para el terrorismo organizado.

España: “Aquí no pasa nada, están todos controlados” (sic)

En España desde el año 1985 los brotes de violencia *skin* surgen vinculados a los grupos ultras de los campos de fútbol. Oficialmente investigados en 1987, más de cuatrocientos *skins* figuraban en las Brigadas Blanquiazules del campo de Sarria, además, el protagonismo dirigente de los *skin*-nazis en los grupos ultras del fútbol sería detectado por la Comisión Antiviolen-cia que denunciaba este marco de acción y captación sistemático producido a través de los encuentros de fútbol.

En muy poco tiempo las principales ciudades españolas vivirán en los fines de semana sucesos similares, agresiones a inmigrantes, negros, polacos,... ataques a homosexuales, *punkies*, mendigos, discapacitados, gentes que les mira..., sucesos protagonizados por jóvenes de diferente extracción social, con un componente importante de clases medias y con una edad que oscila entre los 15 y 25 años, todos ellos con elementos simbólicos de identidad neonazi. La naturaleza de las agresiones y el ambiente de intimidación e intolerancia llaman la atención junto a la rápida capacidad de expansión de una violencia no conocida anteriormente en nuestro país.

Una estrategia muy meditada que, como informó la Liga Antidifamación recientemente en Nueva York en la presentación de su informe sobre la Internacional *Skinhead*, estos grupos comienzan

sus ataques por los sectores desfavorecidos y de exclusión social, pero su objetivo final es acabar con la DEMOCRACIA y la convivencia multiétnica.

El primer discurso oficial gubernativo se apoyó en el calificativo de “violencia juvenil” o conflicto de “tribus urbanas”, negando la naturaleza neonazi de las agresiones, trasladando con la categorización la responsabilidad al colectivo juvenil y sus corrientes culturales urbanas e imposibilitando una clara conciencia del problema al trivializarlo minimizando su gravedad. La consecuencia de todo ello es que la sociedad no reacciona, las instituciones tampoco y la política de prevención -represión brilla por su ausencia.

Centenares de agresiones y varios asesinatos, algunos claramente identificados como el de la inmigrante dominicana Lucrecia, en Aravaca, el travesti Sonia en Barcelona o los jóvenes Ricardo Rodríguez en Costa Polvoranca (Alcorcón), Guillén Agullo en Valencia, David González y Aitor Zabaleta en Madrid, conmocionan a la opinión pública y a las organizaciones sociales, provocando una tímida reacción institucional de reconocimiento del problema, que se despacha con un “los hechos son preocupantes pero no alarmantes”, un eslogan que repite una y otra vez el Ministerio del Interior y que es complementado con la aseveración policial de que “los *skins* están todos controlados”.

La secuencia en todos los países es siempre la misma, se minimiza y se practica la política del avestruz, se pide no crear alarma recurriendo a silenciar el problema, incluso a costa de no alertar a la sociedad, se califica de exageración a quien lo plantea, se critica a los medios por sacar información e incluso se sentencia que hablar de estos crímenes puede ayudar a provocarlos. En España nadie prestó atención a estas informaciones de alarma para tomar medidas preventivas y ahora, tras centenares de agresiones y varios asesinatos, nuestro país se encuentra al igual que el resto de Europa con un racismo organizado y una violencia extremista consolidada, preparado para efectuar saltos cualitativos. Mientras tanto el discurso oficial sigue instalado en la táctica del avestruz y sólo asoma su cabeza para decir “es preocupante, pero no alarmante”. De nuevo en España se vive la misma secuencia que en otros países, se minimiza, se trivializa, se pide no crear alarma, aunque sea a costa de no alertar a la sociedad y a sus instituciones, se comenta que se está exagerando el problema e incluso, que hablar de crímenes puede ayudar a provocarlos. Pero lo verdade-

ramente alarmante es la total ausencia de medidas que tienden a erradicar esta lacra social.

La equivocación política es de envergadura; es indudable que hay que evitar el amarillismo espectacular y la información gratuita sobre estos grupos, pero también es una realidad, como se afirma desde el análisis social, que el 50 por ciento de la solución de un problema estriba en reconocer la existencia y la naturaleza del mismo. Una equivocación grave, puesto que el Servicio de Información de la Policía en el año 90, dirigido por el comisario Alberto Elias, elaboraba un informe donde concluía alertando sobre el peligro de estos jóvenes ultras a corto y medio plazo, ya que a su rechazo al sistema, a su incontinencia verbal y física, unen intenciones de ataque directo a inmigrantes, homosexuales y otros colectivos sociales.

¿Qué hacer?

Es indudable que las circunstancias de hoy no son comparables a las de los años treinta, pero existe quien se empeña en impulsar y organizar una violencia difusa emulando a las secciones de asalto o a las escuadras negras. Es cierto que la crisis económica y política que precedió al gran desastre de la Segunda Guerra Mundial hoy no se da y que hay mecanismos para evitarlo, pero también hay quien se empeña en aprovechar la crisis de la sociedad del bienestar, la dualización social y la ausencia de proyecto de avance en el desarrollo democrático y solidario, para alimentar una heterofobia que tiene en el racismo, el odio al extranjero, al judío, homosexual o a cualquiera cuya identidad cultural no sea coincidente con la de su tribu, el objeto de su odio y violencia. Y es verdad que no se vislumbra un horizonte neofascista y menos una república de *skins*, pero los hechos se empeñan en mostrarnos a un Le Pen en Francia, a Haider en Austria, a De Vinter en Bélgica, a Fini en Italia, a Zirinowski en Rusia... tocando poder.

Dicho esto, hay que añadir que el Estado democrático no puede estar ausente ante el grave conflicto que diversos sectores sociales padecen por la agresión *skin* y tampoco la sociedad en su conjunto puede estar pasiva, sin compromiso, ante unos graves hechos que sistemáticamente acontecen. Este es el primer paso

urgente a dar, reconocer la existencia de una violencia contra la ciudadanía, contra la diversidad cultural, organizada desde una lógica neonazi. Los siguientes serán evitar el discurso equívoco y diseñar una actuación estratégica encaminada a prevenir el desarrollo clientelar de la violencia y del racismo, a garantizar la protección adecuada a las víctimas de las agresiones, neutralizando las secuelas que sufren con medidas de apoyo, y reprimir las conductas violentas y su organización mediante un reforzamiento legal y una actuación policial que desmantele la infraestructura de estos grupos.

La notoria actividad de grupos neonazis y racistas, su agresividad extrema y su práctica constante de incitación al odio y a la violencia, claramente tipificada como delito en el nuevo Código Penal, contrasta con la ausencia de sanciones judiciales, con la permisividad institucional y con la inexistencia de programas preventivos de conductas de intolerancia.

En consecuencia, y con el objetivo de erradicar en todo lo posible el problema de la violencia urbana, serían necesarias las siguientes medidas y actuaciones:

1. Creación del Observatorio de la Violencia Urbana, del Racismo y de la Intolerancia a nivel de todo el Estado. Mejorar y lograr estadísticas de precisión sobre violencia urbana y actos racistas.
2. Desarrollo de Programas de Prevención de la Violencia Urbana y de la Intolerancia en los ámbitos educativos, de juventud y de orientación de las familias, comprometiendo a las administraciones autonómicas y locales.
3. Promover la sensibilización social ante el problema, impulsar la conciencia de DENUNCIAR las agresiones y sucesos de violencia urbana y orientar, asesorar y apoyar a las víctimas.
4. Aplicación estricta de la Ley General del Deporte y del Convenio Europeo con la Violencia en espectáculos deportivos. Requerimiento a los dirigentes de los clubes para que finalicen su apoyo a los grupos ultras del fútbol e impulso a la potestad sancionadora de la Comisión Antiviolenencia en aplicación de la legislación vigente.
5. Investigación en profundidad de los grupos urbanos violentos y puesta a disposición judicial de sus miembros. Sanción de toda actividad ilícita de armas prohibidas.

6. Creación de una sección de la Fiscalía especializada en delitos de violencia urbana y delitos cometidos con ocasión del ejercicio de los derechos fundamentales y libertades garantizadas por la Constitución. Requerimiento a los jueces para una interpretación jurisprudencia más rigurosa y estricta de estos delitos, con especial significación en los actos de racismo, xenofobia e intolerancia.

Finalmente, dada la conexión internacional, la utilización de la red INTERNET, la difusión musical y deportiva, las reuniones estratégicas y distribución de publicaciones más allá de las fronteras nacionales,... debería existir una cooperación de policías europeas e internacionales que evitase las actividades destructivas de este movimiento y que, ante cambios de *look* (ropa, pelo,...) motivados por la presión de la opinión pública y de la seguridad gubernativa, ante su recurrente clandestinización y persistente peligrosidad hacia la comunidad democrática, también debería existir una buena inteligencia policial que impidiese el desarrollo de sus planes antidemocráticos.

Mientras tanto la formación en valores de Tolerancia, Igualdad, Libertad, Solidaridad y Democracia, la reducción del campo de la violencia, el racismo y de las diversas expresiones de intolerancia en el seno del colectivo juvenil se hace urgente y necesario.

En conclusión

Toda sociedad democrática tiene el derecho y el deber de protegerse contra quienes usan la violencia contra la ciudadanía. Hoy observamos la insuficiencia policial, tanto en la especialización del problema como en su dimensión nacional e internacional, la falta de cooperación entre los gobiernos, la ausencia de tratamiento de estado, relegando a ámbitos autonómicos y locales la intervención de respuesta, la inexistencia de una inteligencia policial que siga sus redes, sus cambios de *look* para evitar investigaciones, su clandestinización de planes terroristas. Observamos también la ausencia de conocimiento del problema en los jueces y fiscales que interpretan el fenómeno en clave de riñas y reyertas juveniles, echando en falta la existencia de una fiscalía especializada al respecto. Pero si hay algo extremadamente preocupante es la ausencia de volun-

tad política en diferentes ámbitos del Estado para impulsar un plan integral de prevención de la violencia (educación, comunicación, ocio y tiempo libre, familia...) que sea la herramienta esencial de desactivación de conductas y clientela violenta.

Mientras tanto, donde quiera que operen los *skins*-nazis y los grupos urbanos violentos, su inclinación por el odio y la violencia les convierte en una lacra peligrosa para la convivencia y la comunidad democrática.

Teléfono de la Víctima

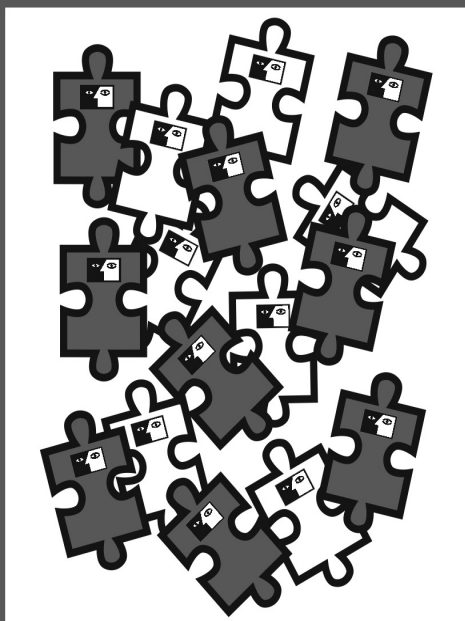


No lo dudes...

902 18 09 95

¡¡Llámanos!!

Por una sociedad tolerante intercultural y solidaria



INTERCULTURALIDAD

INTEGRACIÓN

SOLIDARIDAD

LIBERTAD

IGUALDAD

RESPECTO

PAZ

JUSTICIA



Movimiento contra la Intolerancia

Violencia juvenil y matonismo en el ámbito escolar

ESTEBAN IBARRA

Hoy día la violencia juvenil, aunque no lo parezca, es una realidad minoritaria protagonizada por un pequeño porcentaje de jóvenes que puede transformar situaciones inofensivas, pequeñas discusiones, en situaciones muy graves, a veces irreparables al arrebatarse la vida de un joven. Sin embargo está extendida y presente en todas las ciudades, en barrios desfavorecidos y en barrios elitistas, en escuelas públicas y privadas, pero lo que resulta más grave, es que la violencia es entendida, o justificada, y se observa como algo “normal” en nuestro tiempo por amplios sectores juveniles que se desarrollan y socializan conviviendo junto a situaciones de extrema peligrosidad.

Las noticias de violencia juvenil son incesantes destacando los apuñalamientos y las peleas en grupo; los escenarios son variados: determinadas zonas de copas, discotecas, parques y otros lugares que recogen grupos de jóvenes y junto a todo ello siempre otros elementos: alcohol, pastillas, madrugada, excitación, sangre caliente y navajas.

El consumo de alcohol, pastillas y cocaína además de ser perjudicial para la salud y provocar miles de accidentes de tráfico, tiene la capacidad de disparar situaciones de pequeño conflicto que acaban en tragedia. La navaja, instrumento prohibido fuera de su uso doméstico o de coleccionismo, se convierte en una compañía para algunas personas que tienden a argumentar que sirve para la “autodefensa” frente a un peligro potencial. Una discusión a navaja suele producir daños irreparables además de agravar el delito violento penalmente por posesión de armas blancas.

Junto a esta violencia de la noche ha surgido **el matonismo en la escuela y en los barrios**. Grupos informales de abusones sue-

len elegir “chivos expiatorios” y practicar un acoso que puede resultar trágico como han mostrado numerosos sucesos, el más conocido el suicidio del joven Jokin en Hondarrubia (Guipúzcoa) o simple y llanamente ejercer directamente la violencia. Cuando se acepta la violencia y se adoptan conductas violentas como algo natural, las agresiones se amplían y se extienden a otros ámbitos, es el caso de profesores agredidos y acosados por el ejercicio de su labor docente, también madres y padres de adolescentes que proyectan hacia ellos (especialmente hacia la madre) su crueldad y violencia o hacia ancianos, discapacitados y son techo.

Aunque la preocupación social, familiar e institucional aumenta por la proliferación de la violencia, el entorno social del adolescente no deslegitima como debería la violencia, incluso en muchos casos la estimula o incita a utilizarla en respuesta a una violencia padecida, en un claro ejemplo del dicho referido a Talión, “ojo por ojo”, salvo que de recorrer ese camino, debemos añadir, “el mundo quedará ciego”.

Grupos urbanos de jóvenes violentos

El cuadro de manifestaciones de la violencia urbana protagonizada por jóvenes es bastante diverso. Más grave es la violencia cometida en grupo, especialmente cuando son acciones organizadas por grupos estables. Es el caso de los grupos ultras del fútbol, los cabezas rapadas y neonazis y la reciente aparición de las denominadas “bandas latinas” que han sido protagonistas de sucesos criminales. Otro caso, con marcado carácter político, son los jóvenes independentistas y antisistema, protagonistas de la “kale borroka” o de la violencia urbana en Madrid o Barcelona. También otros grupos más informales, conformados como “bakalas”, “canis”, “chandaleros”,... según ciudades y territorios, han realizado hechos muy graves.

Según encuestas oficiales, uno de cada tres jóvenes justifica el uso de la violencia para resolver conflictos de cualquier tipo y más de un 10% de adolescentes expresa formar parte o entender participar en grupos urbanos violentos, afirmando que eso les sirve para protegerse de las agresiones de otros. Sin embargo, la pertenencia a un grupo, alimentada por una fantasía ideológica en muchas ocasiones, lo que si facilita es un poder intimidatorio y

coactivo sobre otros jóvenes. Todo ello sin reparar que esta práctica grupal en sí misma es delictiva.

Los grupos **ultras del fútbol** aparecieron en España, y en Madrid, a mediados de los 80. En su mayoría tienen connotaciones fascistas y neonazis, aunque también los hay trufados de antisistema aunque estos últimos son minoritarios. Los fondos ultras de los campos de fútbol han sido protagonistas de sucesos muy graves tanto en España como en otros países. En Madrid, el asesinato de **Aitor Zabaleta** y otros crímenes que conmocionaron a la sociedad llevaron a las instituciones a impulsar una (en tramitación) Ley contra el Racismo, la Violencia y la Intolerancia en el Deporte con el objetivo de erradicar estas conductas y estos grupos.

Sin embargo la violencia no nace del balón; analistas, policía y medios de comunicación coinciden en señalar la existencia de **grupos neonazis** como el factor esencial que la promueve. Los fondos ultras de los estadios de fútbol proporcionan un enorme vivero de odio donde se recluta a jóvenes para estos grupos que agitan el racismo, la xenofobia, el antisemitismo y otras expresiones de intolerancia. Estos grupos explotan la masividad en los campos de fútbol, el anonimato y sobre todo su forma de vivirlo compulsivamente negando al otro, al contrario, gozando de una permisividad, cuando no apoyos de directivos de clubs, a lo que hay que añadir cierta permisividad e indolencia institucional que actualmente ya no se sostiene.

Aunque existen numerosos grupos **skin y neonazis** semiclandestinos hay algunos cuya detención por la guardia civil y las investigaciones judiciales (Hammerskin, Blood and Honor ...) han mostrado que son parte de redes internacionales que operan en EE.UU., Gran Bretaña y en diversos países de Europa del este, aunque también tienen presencia en Argentina, Chile y otros países latinos. Estos grupos en España están considerados “asociaciones ilícitas” y su fundación o pertenencia a los mismos ya es un delito sancionado con pena de prisión con independencia de los hechos criminales que realicen. No obstante cada vez “reclutan” mas menores como denuncian las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Un problema de agrupación violenta reciente es la aparición de las mal denominadas “**bandas latinas**”. Es un pandillismo importado de Estados Unidos que ha protagonizado crímenes muy

graves en el enfrentamiento entre “Latin King” y “Ñetas”, y que han ido surgiendo como fenómeno urbano vinculado a una marginalidad juvenil migratoria minoritaria, que progresivamente incorpora jóvenes españoles, especialmente chicas a las “Latin Queen”. También estos grupos son considerados asociaciones ilícitas por su obediencia ciega, aceptación y uso de la violencia, el sexismo y la homofobia que practican. La pérdida de identidad, la falta de integración y la ausencia de medidas institucionales de inserción y no discriminación propician una segregación de jóvenes inmigrantes que beneficia a estas bandas en su proceso de captación y reclutamiento.

Incidencia en la Escuela y medidas

La Escuela vive en osmosis con esta realidad y en modo alguno está al margen de estos problemas. Las conductas violentas se proyectan en el ámbito escolar, ya sea en su interior o en los alrededores, así como la incidencia del grupo violento cuyos componentes cada vez se hacen notar de forma mas arrogante en la escuela.

Sin embargo hay un problema que crece de forma rápida que es todo lo concerniente a las actitudes agresivas individuales que luego van a ser caldo de cultivo para la aparición de grupos. Es cuestión de tiempo, sino se remedia, que vivamos sucesos trágicos en el ámbito de la escuela como en otros países, de hecho en diversas ocasiones se han detectado en el ámbito escolar armas blancas en manos de adolescentes.

Ante esta situación se han detectado grandes déficits en la labor frente a este problema.

1. Desconocimiento de los padres de conductas agresivas o pertenencia de un adolescente a algún grupo urbano violento.
2. Desconocimiento del profesorado de la existencia de grupos agresivos y violentos.
3. Deficitaria interpretación de la situación violenta que vive la Víctima.
4. Insuficientes instrumentos normativos frente al problema tanto en el ámbito de la Escuela como el que aporta Protección de Menor y la Ley de Responsabilidad Penal del Menor.

5. Ausencia de programas preventivos de amplio alcance para reducir el alcance e impacto de las conductas violentas.
6. Soledad y abandono de la víctima a su suerte, sea un menor o un profesor, vivenciando una situación de déficit de amparo que produce una segunda victimización.

Las medidas que abarquen una respuesta a estas situaciones deficitarias señaladas aconsejarían cambios normativos y legales así como programas y planes de actuación de carácter integral que abordan desde la enseñanza en la resolución de conflictos de manera no violenta hasta la atención próxima a la víctima, incluyendo la información y la prevención específica de estereotipo de conductas.

Detención precoz del problema del acoso escolar

En general suele suceder que los Centros Escolares no reconocen evidentes situaciones de acoso y violencia escolar y el menor víctima, se siente solo y sin que se apliquen medidas para protegerle, cuando no se minimiza la evidencia y se banalizan los hechos al señalarlos como “cosas de menores”.

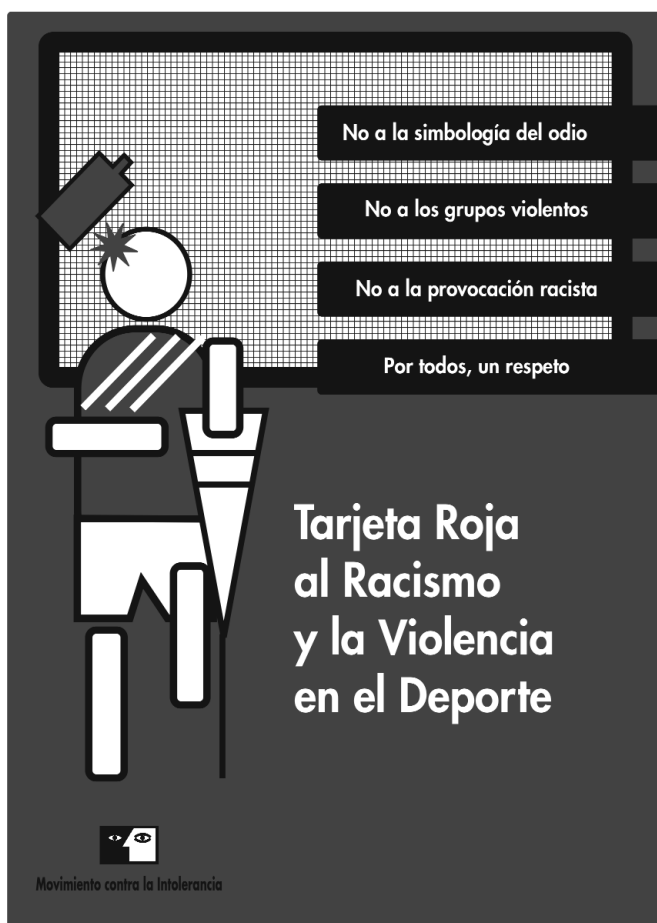
La denuncia por parte del menor víctima del acoso y violencia escolar no es fácil. Desde las amenazas de los agresores para que no informe a los profesores, la calificación de “chivato”, hasta amenazas con intensificar las agresiones e incluso de agredir a algún miembro de su familia, hace que en muchas ocasiones el menor que sufre de maltrato en el colegio no pida ayuda a sus padres ante la situación que está sufriendo.

Sin embargo el menor víctima suele llevar consigo unas señales que sus familiares deben detectar:

- Cambios en el comportamiento del niño.
- Cambios de humor.
- Tristeza, llantos o irritabilidad.
- Pesadillas, cambios en el sueño y /o en el apetito.
- Pérdida de peso.
- Dolores somáticos, dolores de cabeza, de estómago, vómitos.
- Pierde o trae deteriorados del colegio sus pertenencias escolares o personales de forma frecuente (Pantalones, mochila, estuche, colores, etc).

- Aparece con rasguños, hematomas, se queja de dolor por golpes y pone mil excusas por ello.
- No tiene amigos, no quiere salir.
- No acude a actos del colegio, quiere ir acompañado o presenta una fobia para ir al colegio, etc.

Una vez detectada la situación requiere un análisis concreto para diseñar una actuación que debe de estar presidida por las garantías de seguridad al menor víctima. La denuncia es recomendable y necesaria.



Bandas Latinas: violencia o integración

ESTEBAN IBARRA

Desde hace unos años se han venido constatando sucesos violentos protagonizados por grupos o pandillas de jóvenes de origen latinoamericano. Muchos de estos sucesos han sido asociados a la emergencia y presencia de las denominadas Bandas Latinas. Estos grupos cuyos referentes más conocidos son los Latin Kings, Ñetas, Dominican Play, K-18, Brothers, entre otros, comenzaron a emerger en nuestro país desde el año 2000 y su conocimiento público ha estado vinculado con crímenes, peleas y situaciones de violencia protagonizadas, especialmente entre ellos mismos. Las venganzas, ajustes de cuentas, crímenes y enfrentamientos, especialmente en Madrid, Barcelona y Valencia, han dado lugar a una referencia social donde el comportamiento violento es el elemento central.

Exclusión o Integración de Jóvenes Inmigrantes

Sin embargo el problema real de la existencia de estas Bandas, conocidas con una espectacularidad mediática fuera de lugar, no ha sido tratado. El objetivo que debe residir en diagnosticar y abordar preventivamente su proliferación, no ha sido planteado y está teniendo consecuencias especialmente para los propios inmigrantes. El daño producido al conjunto de jóvenes latinoamericanos por el tratamiento estereotipado y prejuicioso de su realidad ha sido enorme y el estigma probablemente marcará su existencia.

Los jóvenes inmigrantes en España superan el 10% del colectivo juvenil y llevan pocos años en nuestro país. Básicamente nos presentan esta fotografía social: solo un tercio viven con sus padres, acuden al mercado laboral antes que los españoles, a los

17 años, y están peor remunerados, son más precoces sexualmente, salen menos de copas a discotecas o conciertos, les gusta especialmente el fútbol y dan más importancia a la familia que los autóctonos.

No obstante la diferencia más notable entre jóvenes inmigrantes y españoles no es la lengua o su identidad cultural, es su incorporación prematura a la actividad laboral. Estos viven un proceso similar al de los jóvenes españoles de los años 50-60, sin las mismas oportunidades que tienen ahora los jóvenes autóctonos.

Esta brecha discriminatoria junto a los graves problemas de integración observables en el ámbito urbano (vivienda), en la escuela con una distribución no equilibrada, en el empleo con salarios inferiores, en el ocio con espacios gueto, en el deporte con exclusiones incluso reglamentarias, en la ropa y vestimenta y en otras manifestaciones de la vida cotidiana, van a dar lugar a situaciones de marginación, choque cultural y sentimientos de inferioridad.

Si a la decisión de venir a España, de abandonar parte de su familia, amigos, barrio, ciudad y país, que es una decisión impuesta por sus padres que les genera conflictos importantes, a veces terribles, añadimos el choque socio-cultural mencionado, el resultado previsible en muchos casos es la introversión, el cierre autista o la búsqueda de otra afinidad con iguales, incluso la coparticipación en una nueva identidad. Es ahí donde hay que situar la nutriente que alimenta a grupos nada positivos como son muchas de las denominadas “Bandas Latinas”.

Matonismo y violencia pandillera

Los hermanitos y la nueva familia, la nueva identidad coparticipada en ocasiones con jóvenes españoles y en fractura, generalmente, con su familia natural, ofrecen un ámbito de relación, comunicación, pertenencia, destino ... y poder que estimula su inclusión y que dificulta su abandono, puesto que su comportamiento acaba siendo sectario, con tintes sexistas, poco cívico y en una configuración asociativa ilícita.

El debate sobre legalizar o no este tipo de grupos es un debate erróneo. El derecho a asociarse está reconocido por la Constitución Española y su autorización solo es a efectos de Registro, por

tanto su límite a su actividad está en el respeto a los preceptos democráticos recogidos en nuestra Carta Magna. Si el grupo nace con objetivos delictivos o si devienen en infracciones durante su propio desarrollo, estaríamos en lo que nuestro Código Penal tipifica como asociación ilícita. En consecuencia legalizar o no nunca depende de una decisión política, el problema estriba en sí el grupo afín, constituido, respeta la legislación de nuestro Estado de Derecho o no la respeta. Si se transgrede, en este caso estaríamos en el escenario de las asociaciones ilícitas pero no olvidemos, lo son porque sus miembros, dirigentes o activistas, así lo decidieron con su conducta infractora penalmente.

No hay lugar a paternalismos, como tampoco ha lugar a la exclusión y marginación. Necesitamos una política de juventud, que hasta ahora ningún gobierno ha impulsado en España, ni tampoco en las autonomías, que potencie la integración real de los jóvenes inmigrantes y que promueva un asociacionismo intercultural y cívico en el colectivo juvenil. Si existen conductas violentas y grupos violentos solo cabe un mensaje y es el del Estado de Derecho que lo declara ilegal y que como infracción penal ha de ser sancionado.

POR LA NO VIOLENCIA Y LA PAZ



Movimiento contra la Intolerancia

Jóvenes, Conflictos e Intolerancia

ESTEBAN IBARRA

“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”. Así prescribe en su primer artículo la Declaración Universal de los Derechos Humanos, un deber solidario, frontispicio de todo un texto de libertades y derechos, cuyo desconocimiento y no aplicación ha originado actos de barbarie ultrajantes para la humanidad.

Todas las generaciones de jóvenes se han visto emplazadas desde el origen de la humanidad hasta nuestros días a trabajar por este compromiso que no siempre ha marcado el designio de sus vidas. Cuando falta la disposición a la Tolerancia que consiste en el respeto, aceptación y aprecio de las diferentes identidades y supone la supremacía del valor de las personas, de su dignidad, de su libertad y de su igualdad, su ausencia niega la base de la convivencia, abriendo puertas al conflicto, la violencia y la guerra.

Nuestr@s jóvenes viven inmersos en lo mejor y lo peor; sus circunstancias y su acervo ético determinará, en la mayoría de los casos, el camino que recorrerán en su confrontación con la vida cotidiana. Ejemplo de ello son los miles de adolescentes sumergidos en conflictos y guerras que las padecen o que son obligados a vivirlas en primera línea armados hasta los dientes. En el primer mundo los conflictos se viven de otra manera, aunque las posibilidades de responder a la violencia permiten contestación masivas como las recientes movilizaciones pacifistas.

Naciones Unidas ha puesto encima de la mesa datos escalofriantes. Mas de 350.000 adolescentes, menores de 18 años, combaten en las guerras de todo el mundo. Secuestrados o reclutados por ley, actualmente son combatientes en más de 35 conflictos armados. El saldo es aterrador, en la última década mas de dos

millones de muchachos muertos, entre cuatro y cinco millones de discapacitados de por vida, cerca de seis millones de refugiados y desplazados y mas de doce millones de sin-techo.

A su vez, en las sociedades occidentales la violencia aumenta y en los últimos años se expresa no solo por los numerosos sucesos violentos sino por su creciente aceptación y justificación como forma de abordar los conflictos y de encarar los problemas. Unas conductas que, aunque minoritarias, se reflejan en violencia urbana, vandalismo, violencia en campos de fútbol, matonismo escolar o en reyertas de fines de semana.

Por el contrario las movilizaciones pacifistas protagonizadas por millones de jóvenes en todo el mundo nos deben hacer albergar la esperanza en una generación que se construye contra la violencia y la guerra, con cuyo esfuerzo nos acercaremos a ese ideal común de paz, libertad e igualdad proclamado en el preámbulo de la universal declaración de los Derechos Humanos.

